

# EL SACERDOCIO EN LAS CARTAS PASTORALES DE MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO. ALGUNOS ACENTOS

*Rev. Jorge Molinero Domínguez de Vidaurreta\**

Este trabajo abarca las Cartas pastorales escritas por don Álvaro del Portillo desde su elección primero como Presidente General (1975) y como Prelado del Opus Dei después (1982); es decir, desde el 15 de septiembre de 1975 hasta su *dies natalis* el 23 de marzo de 1994.

Se refiere, por tanto:

1) A las Cartas dirigidas a todos los fieles del Opus Dei, recogidas en tres tomos bajo el título general de *Cartas de familia*: tomos 1, 2, 3<sup>1</sup>. Un total de 160 Cartas. Esas Cartas, a partir de enero de 1984, fueron de periodicidad mensual.

Entre las 160 Cartas figuran algunas de mayor extensión –16 cartas en concreto–, escritas con motivo de aniversarios o sucesos de especial relieve en la vida del Opus Dei: convocatoria de Años Marianos; anuncio y Erección

\* Sacerdote y periodista, doctor en Teología, Párroco de la Parroquia “San Josemaría Escrivá”, Valencia (España).

<sup>1</sup> Las Cartas Pastorales publicadas en «Romana», el Boletín Oficial de la Prelatura, serán citadas por esa publicación. Otras citas harán referencia a *Cartas de familia*: como los párrafos de las Cartas están numerados, las citas de este estudio hacen referencia a esa numeración: Número de tomo (1, 2 ó 3) y número del párrafo.

de la Prelatura, Beatificación del Fundador del Opus Dei, etc.; ocupan todo el Tomo 2. Son también de este tenor las Cartas 70 y 71 del Tomo 3. Esta última carta 71 del Tomo 3 tiene especial interés para nuestro tema, pues está escrita con motivo del 50 Aniversario de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, Asociación de clérigos intrínsecamente unida a la Prelatura. Esa efeméride tuvo lugar el 14 de febrero de 1993.

2) Además, reunidas al final del Tomo 3, se recogen Cartas dirigidas a los fieles de la Prelatura ya ordenados de diáconos que en breve recibirían la ordenación sacerdotal. Son 15 Cartas en total. Lógicamente, en estos documentos se encuentran la mayoría de las referencias de este trabajo.

3) Interesa también la carta firmada el 26 de Noviembre de 1975, incluida a modo de presentación en una Edición Típica de la Liturgia de las Horas encargada por Mons. del Portillo a la Editrice Vaticana. Quiso regalar a los sacerdotes del Opus Dei esa edición como signo de su valoración de la lengua latina y de esa oración pública de la Iglesia, que había sido reformada poco tiempo antes.

Nos hemos ocupado por tanto de 176 escritos. Su destinatario habitual son los fieles del Opus Dei, en su inmensa mayoría laicos. Como se ha dicho, sólo quince cartas –y la de presentación de la Liturgia de las Horas– van dirigidas a sacerdotes, y son breves y circunstanciales: escritas y recibidas días antes de la ordenación sacerdotal. Incluso la carta pastoral extensa escrita con motivo del quincuagésimo aniversario de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz está dirigida a todos los miembros del Opus Dei, no sólo a los clérigos.

Varios de estos 176 documentos están salpicados de reflexiones, recuerdos, consideraciones o consejos sobre la condición sacerdotal, sobre la vida y el ministerio de los sacerdotes, que lógicamente son más intensos y frecuentes en las 16 Cartas destinadas expresamente a sacerdotes. Como es lógico, no constituyen un tratado sistemático, un tratado sobre el sacerdocio, pero sí un conjunto enseñanzas y exhortaciones que reflejan la amplia y equilibrada visión del sacerdocio que tenía el sacerdote, Prelado y Obispo que fue don Álvaro.

Esos pasajes sobre el sacerdocio, como cualquiera otro, transmiten con emocionante fidelidad las enseñanzas de San Josemaría, así como la doctrina sobre el sacerdocio expresada por el Vaticano II y especialmente recogida en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*, tan vinculado al trabajo conciliar de nuestro autor. Esa identificación con el pensamiento de Fundador y con el Magisterio impresiona poderosamente: no es una mera y fiel transmisión; es

un haberse empapado tanto de un espíritu y unas verdades que el que escribe pasa como inadvertido: quizá ese era su propósito, también en estas Cartas.

A la vez esos párrafos estás impregnados de un profundo amor al sacerdocio y una honda convicción de su necesidad: «Rezad mucho por este Padre vuestro y rogad al Dueño de la mies (Mat. IX, 38) que nunca falte, ni en la Iglesia ni en la Obra, esta agua del sacerdocio, de la que el mundo –como tierra reseca– se muestra sediento»<sup>2</sup>.

Por eso insiste a los fieles de la Prelatura, a quienes se dirige: «Deseo encarceros que, de modo especial, aumente vuestra oración por las vocaciones sacerdotales: que los seminarios se llenen, que la iglesia conozca una nueva floración de sacerdotes bien preparados, celosos por las almas, santos, otros Cristos, ¡cada uno, el mismo Cristo! Dentro de esa plegaria y de esa mortificación –por todos los sacerdotes, con corazón grande–, encomendad mucho a los sacerdotes de la Obra: que respondan al Señor –lo mismo que sus hermanos seculares– con lealtad, y que no falten nunca los que se precisan para cubrir las necesidades apostólicas [...] Suplicad a la Trinidad Beatísima que haya también muchas vocaciones para la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, de manera que este fermento sobrenatural del espíritu de la Prelatura se haga vida en millares y millares de sacerdotes del mundo entero»<sup>3</sup>.

Lógicamente, como telón de fondo de este trabajo, además del pensamiento de San Josemaría sobre la materia y las enseñanzas conciliares sobre el sacerdocio (principalmente en la Constitución *Lumen Gentium* y en el Decreto *Presbyterorum Ordinis*), tenemos presentes los estudios de Mons. del Portillo reunidos en el libro *Escritos sobre el Sacerdocio*<sup>4</sup>.

## EN TORNO A LA NATURALEZA DEL SACERDOCIO<sup>5</sup>

A lo largo de las Cartas Pastorales se hace referencia a la práctica totalidad de los elementos constitutivos del sacerdocio ministerial:

<sup>2</sup> Á. DEL PORTILLO, *Cartas de familia*, vol. 1, n. 103.

<sup>3</sup> *Cartas de familia*, vol. 1, n. 218.

<sup>4</sup> Á. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, Ed. Palabra, Madrid 1970.

<sup>5</sup> Esta misma temática, tratada de modo sistemático, la desarrolla el autor en DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, especialmente en pp. 41 a 49, en cuatro apartados con títulos ilustrativos: *El presbiterado en la misión de la Iglesia*; *Perspectiva dinámica del sacerdocio*; *La figura del sacerdote entre los hombres*; *El orden de las funciones sacerdotales*.

a) Se afirma la existencia del *carácter sacerdotal*: «Cuando recibáis ese sacramento, vuestras almas quedarán transformadas, porque recibirán el carácter sacerdotal, que es como el sello de la acción del Espíritu Santo, y que indicará indeleblemente que sois [...] sacerdotes de la Nueva Ley, que participáis del único y eterno Sacerdocio de Cristo, Señor Nuestro»<sup>6</sup>.

b) *Especial identificación con Cristo*: «Seréis –cada uno de vosotros– de esta manera, y de un modo inefable, *alter Christus*, otro Cristo; o como decía audazmente nuestro Santo Fundador, el mismo Cristo, *Ipse Christus*, con el que os identificaréis tan perfectamente que podréis hablar en su nombre, utilizando la primera persona del singular: “Éste es mi Cuerpo”; “Éste es el Cáliz de mi Sangre”; “*Yo te perdono tus pecados*”»<sup>7</sup>.

c) El sacerdocio comporta la llamada a cumplir *la voluntad de Dios y a injertarse a Cristo*: «Nosotros –sus ministros– hemos de asumir como actitud fundamental de nuestra alma el afán de llevar a cabo en todo, y santamente, la Voluntad divina. Dios os llama a participar, por el camino del ministerio sacerdotal, en la misma suerte de su Hijo: vuestra existencia, pues, se ha de consumir en secundar sin tasa alguna el designio inefable de la Redención, injertados en comunión de vida con Cristo»<sup>8</sup>.

d) *La misión del sacerdote, perpetuar el Sacerdocio de Cristo in persona Christi*: «Con el Presbiterado, vuestra existencia queda sellada con la gracia de Cristo que, *para siempre*, os hace participar sacramentalmente de su eterno sacerdocio. Vuestra vida queda vinculada –ordenada– a perpetuar y a hacer presente entre los hombres este sacerdocio de Cristo, mediante el ejercicio del ministerio *in persona Christi*»<sup>9</sup>.

e) *Al servicio de la Palabra de Dios y de los Sacramentos y, por tanto, de las almas*: «Vuestra existencia se une plenamente a la Palabra de Dios, a la que debéis servir con ardiente celo; y a los sacramentos instituidos por Jesucristo, que dispensaréis con afán redentor y santificador. Hijos míos, considerad el inmenso tesoro que la Iglesia deposita en vuestras almas. Y pensad también

<sup>6</sup> «Romana» 3 (1986), p. 256.

<sup>7</sup> «Romana» 3 (1986), p. 256; cfr. También *Cartas de familia*, vol 3, n. 429.

<sup>8</sup> «Romana» 9 (1989), p. 252.

<sup>9</sup> «Romana» 11 (1990), p. 215.

en que los hombres tienen especial necesidad de acceder a estos tesoros de gracia que el Redentor ofrece a través de vosotros»<sup>10</sup>.

f) *Es decir, el sacerdote ha sido elegido para ser mediador, mensajero y dispensador de la gracia*: «El regalo de la elección que el Señor ha hecho, fijándose en vosotros para que seáis, por medio del sacerdocio ministerial, mediadores entre Dios y los hombres, mensajeros del Verbo divino, y fieles dispensadores de su multiforme gracia»<sup>11</sup>. En este mismo sentido evoca *la veneración de San Josemaría al sacerdocio*: «se manifestaba de muchas maneras, todas radicadas en la convicción de que el sacerdote es administrador de las riquezas divinas. Los veía como columnas indispensables de la Iglesia»<sup>12</sup>.

g) Y todo en *unión afectiva y efectiva con el Papa y los Obispos*<sup>13</sup> con visión universal: «Si siempre, por vuestra llamada a la Obra, habéis notado que todo lo de la Iglesia os toca íntimamente y llama en causa vuestro sentido de responsabilidad, a partir de ahora habéis de poner vuestro sacerdocio ministerial al servicio de sus necesidades, de las preocupaciones de los Pastores, de la salud y del crecimiento de toda la Familia cristiana»<sup>14</sup>.

#### UNIDAD Y SACERDOCIO<sup>15</sup>

En algunos pasajes, don Álvaro insiste de manera especial en el papel que deben jugar los sacerdotes de la Prelatura en orden a la unidad de esa institución. Este servicio de unidad abarca todas las dimensiones de la realidad concreta en que el sacerdote vive: unidad con el Papa, los Obispos y el Prelado propio; el servicio a la unidad de los laicos con la autoridad jerárquica y entre sí; la unión con el presbiterio y los religiosos... Más en concreto:

<sup>10</sup> «Romana» 11 (1990), p. 215. Cfr. también «Romana» 7 (1988), p. 295: «cuando vosotros digáis al penitente *yo te perdono*, será Dios el que, utilizándoos como instrumentos, perdonará los pecados. En esos momentos, como en el de la Consagración en la Santa Misa, vosotros seréis de un modo inefable, *ipse Christus*, el mismo Cristo».

<sup>11</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 431. Y también ibidem, in fine: «Para eso os ordenáis: para alabar a Dios, para servir a la Esposa Santa de Cristo, para predicar incansablemente la Palabra de Dios y para ponerlos a disposición de todos los seres humanos, por amor de Dios».

<sup>12</sup> *Cartas de familia*, vol. 2, n. 500.

<sup>13</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, passim en las cartas 73 a 87.

<sup>14</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 425.

<sup>15</sup> DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*; el tema de la unidad viene sistemáticamente tratado en el apartado *Vida de comunión del presbítero con el Pueblo de Dios*, p. 50 y siguientes.

a) El sacerdote ha de considerarse instrumento de *unidad en la propia diócesis*: «Una tarea apostólica espera el Señor particularmente de vosotros: que trabajéis para promover muchas vocaciones sacerdotales, y que os ocupéis de vuestros hermanos en todas las diócesis, siendo fermento de santidad y de unidad dentro de vuestro presbiterio»<sup>16</sup>.

En este mismo sentido hay que entender su ilusión por la vida y el crecimiento de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz: «Un gran número de sacerdotes que, desde su lugar, en unión plena con el propio Ordinario diocesano y en fraterna comunión con los demás sacerdotes, mediante el fidelísimo cumplimiento de sus propios deberes, encarnasen el espíritu del Opus Dei y contribuyesen a difundirlo por todo el mundo»<sup>17</sup>.

b) Y también *unidad con respecto a toda la Iglesia*, con visión universal, con amor a todos los *sacerdotes y religiosos*: «Recordad, hijos míos, el amor de nuestro Padre a todos los sacerdotes: a los diocesanos, que eran como las pupilas de sus ojos, y que muchas veces están muy solos; y a los religiosos y religiosas»<sup>18</sup>.

En muchos lugares señala el deber de estar *unidos al Papa, a los Obispos y al Magisterio*: «muy unidos al Papa, y, en cada lugar en el que trabajéis, al Obispo Diocesano, con una fidelidad delicada y extrema al Magisterio eclesiástico: a cuanto el Santo Padre disponga en el ejercicio de Pastor de la Iglesia universal, y al Magisterio y a las disposiciones de los Pastores de las Iglesias particulares»<sup>19</sup>; y por supuesto, pondera también la unión con el Obispo o Prelado propio: «Esmeraos en esa unión con vuestro Prelado, porque solamente así colaboraréis eficazmente en el gran servicio divino de atender a todos los fieles»<sup>20</sup>.

Por lo que se refiere específicamente al sacerdote en el Opus Dei, insiste con frecuencia en su papel de instrumento de unidad entre los demás miembros<sup>21</sup> y entre esos miembros y el Prelado; papel que desempeñarán si son santos ministros del Señor<sup>22</sup>.

<sup>16</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 405. Se dirige especialmente en este párrafo a los sacerdotes vinculados no a la Prelatura, sino a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Y también vol. 3, n. 414.

<sup>17</sup> *Cartas de familia*, vol. 2, n. 500.

<sup>18</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 418.

<sup>19</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 428.

<sup>20</sup> «Romana» 5 (1987), p. 221.

<sup>21</sup> Cfr. *Cartas de familia*, vol. 1, n. 83.

<sup>22</sup> Cfr. *Cartas de familia*, vol. 3, n. 399; cfr. también vol. 3, n. 414.

SACERDOCIO Y SANTIDAD<sup>23</sup>

Constantemente invita a los sacerdotes a la santidad. Dejando clara la llamada universal a la santidad, pide a los sacerdotes una santidad eclesial por un nuevo título: «La vocación sacerdotal lleva consigo –con un nuevo título– la exigencia de la santidad»<sup>24</sup>. Porque «El sacerdocio que libérrimamente vais a recibir os obliga a rezar y a mortificaros por el bien de los demás. Os entregáis a Dios, entregándoos por Él a las almas»<sup>25</sup>. Los sacerdotes tienen una especial responsabilidad en la tarea de la propia santificación, por un nuevo motivo: «Todos debemos identificarnos plenamente con Cristo, cada uno en su estado y en sus circunstancias personales. Pero al mismo tiempo, se puede afirmar que sobre los sacerdotes cae una especial responsabilidad, pues debemos mostrar nuestra identificación con el Señor por un nuevo motivo»<sup>26</sup>.

¿En qué consiste ese nuevo título? ¿A qué se debe esa especial responsabilidad?

a) Se debe a que los sacerdotes son *dispensadores de los divinos misterios*: «Sois ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Y “lo que se pide a los administradores es que sean fieles”. Esto es, hijos míos sacerdotes, lo que Dios y la Iglesia esperan de nosotros y lo que tienen derecho a encontrar las almas: fidelidad, santidad»<sup>27</sup>.

b) Se debe a que han de corresponder y *agradecer la elección divina*, siendo sacerdotes “cien por cien; santos, doctos y alegres” (ambas expresiones gráficas son propias de San Josemaría): «Se ha rezado mucho y se reza para que seáis sacerdotes *santos, doctos y alegres*, como le gustaba decir a nuestro amadísimo Padre [...] Haciéndome eco de sus palabras, os pido que seáis *sacerdotes cien por cien*, a todas horas, en cualquier circunstancia, con cada alma que encontréis»<sup>28</sup>.

c) También han de ser despertadores de la santidad de los demás; levadura en la masa; y en la Obra, como el nervio. De tal manera que un sacerdote

<sup>23</sup> Cfr. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, especialmente en p. 59 y ss; y p.123 y ss.

<sup>24</sup> «Romana» 1 (1985), p. 77.

<sup>25</sup> «Romana» 1 (1985), p. 78.

<sup>26</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 389.

<sup>27</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 390.

<sup>28</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 424.

tibio es el enemigo de las almas: «Para desedificar no es menester que el sacerdote obre mal, basta que no vibre, que se aburguese un poco. Por eso aseguraba nuestro Fundador tajantemente: *el sacerdote tibio, ése es el gran enemigo de las almas*»<sup>29</sup>. Y, en concreto, es el gran enemigo del Opus Dei<sup>30</sup>: «¡Santos de altar! [...] Deberemos exagerar en la virtud –si cupiera en esto exageración–: porque sus hermanos se mirarán en ellos como en un espejo»<sup>31</sup>; «De aquí la necesidad absoluta de que los sacerdotes seamos santos. Si un sacerdote de la Prelatura se descuidara y fuera tibio, sería el gran enemigo de la Obra. Si a alguno le sobrara tiempo, estad seguros que no cumpliría con su deber»<sup>32</sup>; «si alguno quisiera mandar, en lugar de aspirar a obedecer, habría equivocado lastimosamente el camino»<sup>33</sup>.

d) Y también invita a buscar la santidad en el ejercicio del Ministerio, *imitando a San Josemaría*: «contamos con su ejemplo inmediato en todo lo que se refiere al ejercicio de nuestro ministerio y conducta sacerdotal»<sup>34</sup>. En una de las Cartas, por ejemplo, se refiere a ese ejemplo y a continuación a la piedad y obediencia del santo en la liturgia, deteniéndose en una evocación vibrante sobre el modo que usaba el Fundador al celebrar la Santa Misa<sup>35</sup>. Y a los laicos pide que recen para que los sacerdote sean santos: «Me gusta, además, añadir que [...] recéis todos los días por los sacerdotes del mundo entero, por los seminaristas y por los religiosos y religiosas, para que, cada uno por su camino, sirvan a la Iglesia de Dios y sean santos»<sup>36</sup>.

#### ALGUNAS VIRTUDES EXIGIDAS POR LA CONDICIÓN SACERDOTAL<sup>37</sup>

La Santidad de cualquier persona exige una vida virtuosa, pero es de desear que cualquier cristiano viva una “santidad oportuna”: la que se requiera para el ejercicio recto y eficaz de su misión.

<sup>29</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 391.

<sup>30</sup> Cfr. «Romana» 1 (1985), p. 78.

<sup>31</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>32</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>33</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>34</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 392; y *passim*, en las Cartas dirigidas a los sacerdotes.

<sup>35</sup> Cfr. *Cartas de familia*, vol. 3, nn. 392 y 393.

<sup>36</sup> *Cartas de familia*, vol. 1, n. 86.

<sup>37</sup> DEL PORTILLO, *Escritos sobre el Sacerdocio*, en el apartado titulado *Elementos capitales de la*



Hablando de la santidad de los sacerdotes, don Álvaro insiste de manera reiterada en:

- a) una profunda vida interior, que supone entre otras exigencias:
- *Identificación con Jesucristo* en todo momento y en todos los aspectos de la vida, con unidad de vida: «Hijos míos: unidad de vida [...] La experiencia única, inefable, de que Cristo obra por medio de nosotros cuando renovamos el Sacrificio del Calvario, debe iluminar nuestra entera existencia, impulsándonos a buscar el endiosamiento en todos los momentos de la jornada: en la conversación, en la compostura, en la disponibilidad constante para servir, en la sonrisa y en el optimismo, en la contradicción... En todo, no sólo en el altar o en el confesonario, se ha de percibir el *bonus odor Christi, el buen olor de Cristo*. Puesto que sois *ipse Christus* al celebrar la Santa Misa, procurad asiros íntimamente a Él las veinticuatro horas del día»<sup>38</sup>.
  - *Amar la Cruz, con alegría*: «Amad la Cruz, hijos míos, porque sin Cruz no hay Redención, y sin Cruz ninguno puede imitar a Cristo. La Cruz será siempre para vosotros fuente de alegría: llevadla con garbo sobrenatural y con alegría humana, sin hacérsela pesar a Jesús, que es y será siempre nuestro Cireneo»<sup>39</sup>.
  - Por supuesto, en muchos pasajes de estas Cartas insiste en la necesaria *vida de piedad* del sacerdote.

*vida espiritual del sacerdote*, p. 141 y 142: entre otras enumera algunas virtudes que el sacerdote ha de ejercer en el cumplimiento de su misión: «la fortaleza, la constancia, la sinceridad, la lealtad, el amor a la libertad de todos con la consiguiente responsabilidad personal, un sentido profundo de la justicia en todos los órdenes –sin olvidar el control en el uso de la palabra: aborreciendo la murmuración en todas sus formas, la prudencia, el optimismo, la laboriosidad...»; en p. 142, se hace también referencia al «*desprendimiento de los bienes terrenos, la templanza en su uso, el espíritu de pobreza*». Y en otro lugar del mismo trabajo, en la entrevista titulada *La vida del sacerdote es una vida dialogada al mismo tiempo con Dios y con los hombres*, p. 152, se enumeran otras cualidades sacerdotales, en relación a la “eximia humanitas” de la que habla *Presbyterorum Ordinis*: «virtudes naturales básica (sinceridad, lealtad, amor a la justicia, reciedumbre, capacidad de comprensión, respeto a la libertad y autonomía de los laicos en las cuestiones temporales [...]); capacidad de estimar y de valorar debidamente todas las nobles realidades humanas: el trabajo profesional (como Cristo en Nazaret), el amor humano (como Cristo en Caná o Naím), la amistad (como Cristo en Betania)».

<sup>38</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 391.

<sup>39</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 430.

b) Es constante su invitación a la humildad y al espíritu de servicio de los sacerdotes:

- Escribe, por ejemplo, de manera contundente: «cultivemos, pues, a diario la virtud de la humildad y así seremos buenos instrumentos en las manos de Dios»<sup>40</sup>.
- Quiere que se luche para ser «dignos sacerdotes de Dios [...] sabiendo – como indicaba nuestro Padre– poner vuestros corazones en el suelo, en ademán de entrega generosa y sin límites, pisoteando el propio yo para que los demás pisen blando»<sup>41</sup>.
- Recuerda también el *Non veni ministrari, sed ministrare*<sup>42</sup> del Señor; un servicio que es en primer lugar prestado a Dios, siempre en la presencia del Señor, atentos a servirle pronto, bien y en todo; servicio que llevará a servir a todas las almas<sup>43</sup>.
- *Servir, ser útiles* al Señor: «Recordad siempre, hijos, que vuestra misión es de servicio. Alimentad en vuestras almas el deseo de servir a los demás. Para servir, servir, decía nuestro Padre. Estar al servicio de todos, siendo útiles»<sup>44</sup>.
- Y propone a los sacerdotes «la *regla de oro* que guió la vida de nuestro queridísimo Padre: lo mío es ocultarme y desaparecer: que sólo Jesús se luzca, repetía»<sup>45</sup>. Y ruega a los laicos que pida a la Virgen para los sacerdotes «el mismo espíritu de servicio que vivió nuestro Fundador»<sup>46</sup>.

c) Recomienda también de manera especial *el estudio*: «El estudio de los grandes misterios que el Señor nos ha revelado»<sup>47</sup>; que sean «doctos»<sup>48</sup>.

d) Y no olvida desde luego virtudes que facilitan la identificación con la voluntad divina y el cumplimiento de la propia misión: «Sed ejemplares en la obediencia, bien unidos a Jesucristo, *oboediens usque ad mortem* (Phil. II, 8)»<sup>49</sup>.

<sup>40</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 390.

<sup>41</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 413.

<sup>42</sup> Mateo XX, 28.

<sup>43</sup> Cfr. *Cartas de familia*, vol. 3, n. 416.

<sup>44</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 321.

<sup>45</sup> «Romana» 5 (1987), p. 220.

<sup>46</sup> *Cartas de familia*, vol. 1, n. 223.

<sup>47</sup> «Romana» 5 (1987), p. 220.

<sup>48</sup> «Romana» 5 (1987), p. 219.

<sup>49</sup> «Romana» 5 (1987), p. 220.

## UN TALANTE SACERDOTAL

El “estilo” de vida y de ejercicio sacerdotal que don Álvaro quiere para los sacerdotes está marcado por algunas connotaciones deseables en primer lugar para los sacerdotes a los que se dirige, los sacerdotes que desean vivir el espíritu del Opus Dei.

a) Destaca en primer lugar, como venimos recordando, la *actitud de servicio*: no se viene al sacerdocio a hacer carrera: «El sacerdocio no es una carrera, sino un servicio, un apostolado. Es una entrega generosa, plena, sin cálculos ni limitaciones»<sup>50</sup>. Esta actitud de servicio está constantemente presente en las recomendaciones de don Álvaro al clero.

b) Destaca también la insistencia en el binomio *alma sacerdotal y mentalidad laical*: «El sello de la Obra [una Cruz inscrita en las entrañas del mundo] compendia el espíritu que Dios ha grabado en nuestros corazones [...] “*En todo y siempre* [afirma citando a San Josemaría] *hemos de tener –tanto los sacerdotes como los seglares– alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical*”. En el espíritu del Opus Dei, estos rasgos se encuentran inseparablemente unidos, como la Cruz en las entrañas del mundo. La Cruz nos recuerda que hemos de identificarnos con Cristo para corredimir con Él: por tanto, que el alma de un hijo de Dios, sacerdote o laico, ha de ser, necesariamente, un *alma sacerdotal*. Y el mundo es para nosotros el lugar de esa identificación: la vida profesional, familiar y social, que todos, laicos y sacerdotes conjuntamente, tratamos de santificar, a través del ejercicio mismo de las actividades temporales o del sacerdocio ministerial, con *mentalidad plenamente laical*, sin confundir lo humano y lo divino pero sin separarlos»<sup>51</sup>.

También los sacerdotes han de ser santamente *anticlericales*, como San Josemaría deseaba que fueran sus hijos sacerdotes:

«Antes os he comentado que nuestro Fundador veía en el alma sacerdotal que hemos de tener todos en la Obra –sacerdotes y laicos, hombres y mujeres–, una manifestación de la unidad del Opus Dei. Lo mismo puede decirse de la *mentalidad laical*, propia de nuestro espíritu que ha de caracterizar a todos. Yo pido ahora en particular para mis hijos sacerdotes este anticlericalismo bueno –que se basa precisamente en el amor al sacerdocio–, esa menta-

<sup>50</sup> «Romana» 3 (1986), p. 257.

<sup>51</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 373.

lidad laical que les permitirá dar a todas sus actividades el tono característico del genuino espíritu de la Obra»<sup>52</sup>.

c) Como ya se ha indicado en algún momento, parafraseando a San Josemaría, don Álvaro no deja de recomendar a los sacerdotes que sean *santos, doctos* (por la oración y el estudio) *y alegres*, por ser conscientes de su filiación divina: «santos –que luchan por serlo con una correspondencia humilde y eficaz, durante toda la vida–; doctos, que no dejan los estudios, y que los enfocan siempre para unirse más con Dios y servir mejor a las almas; y alegres, con la alegría de los hijos de Dios»<sup>53</sup>. En alguna ocasión añade un cuarto calificativo, como solía decir San Josemaría, sobre todo para inculcar el sentido optimista, fácil para volver a intentarlo, en la vida y en la labor de los sacerdotes: deportistas, o deportivos, en alguna ocasión: «Pido al Señor que os haga sacerdotes suyos, santos, doctos, alegres y deportivos»<sup>54</sup>.

#### SACERDOCIO Y TRABAJO SACERDOTAL

Animando al desprendimiento incluso de trabajos compatibles con el sacerdocio<sup>55</sup>, Mons. del Portillo invita a gastarse en las tareas específicamente sacerdotales: administración de los sacramentos, predicación de la Palabra y atención de las personas, con referencia especial a la dirección espiritual. Se trata sólo, dada la índole de estas Cartas –breves y la mayoría de ellas dirigidas también a laicos– de algunos consejos sobre estas tareas.

##### *Administración de los sacramentos*

1) Se refiere con mucha frecuencia a la celebración de la Eucaristía, insistiendo en:

a) *El amor al Santo Sacrificio*; por ejemplo: «Dejadme que os insista: cuidadme, ¡amad!, la Santa Misa, centro y raíz de nuestra existencia cristiana, como enseñaba nuestro Padre desde sus primeros años de sacerdocio. Cuando Cristo, a través del Obispo, confiere a unos hombres el sublime poder de perpetuar el Sacrificio Redentor sobre el altar, la Iglesia hace llegar a nuestros

<sup>52</sup> *Cartas de familia*, vol. 2, n. 499.

<sup>53</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 419. Cfr. también vol. 3, n. 429.

<sup>54</sup> «Romana» 5 (1987), pp. 219-220.

<sup>55</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 315.

corazones aquella solemne advertencia: sabed lo que hacéis e imitad lo que tratáis [Ritual de la ordenación]. Meditad este don divino en el que somos –eres– *ipse Christus*, porque prestamos al Redentor el gesto, la voz, para renovar sacramentalmente el Sacrificio de la Nueva Alianza. Pedid a la Madre de Cristo y Madre nuestra que todos los sacerdotes sepamos corresponder a tan inconmensurable confianza del cielo, como predicó nuestro amadísimo Fundador, haciendo de nuestra vida una Misa, un sacrificio con Cristo, para alabanza de la Trinidad y para la salvación de las almas»<sup>56</sup>.

b) *La piedad al celebrar*: «La Santa Misa... ¡qué ejemplo constituye para nosotros la Misa de nuestro Padre! Fue diariamente el centro y raíz de su existencia. Cuidaba con esmero la preparación inmediata, recogién dose en oración. Me quedaría muy corto si os dijera que celebraba cada Misa con la devoción de la primera vez, porque su amor creció más y más a lo largo de sus días. Me acerco más a la verdad si os confirmo que celebraba como si fuera la última, la única Misa de su sacerdocio. Cuando era aún joven de edad pedía al Señor ayuda para vivir el Santo Sacrificio, con la mayor dignidad y devoción, aun en momentos de prueba y dificultad, como se descubre en una nota de sus apuntes personales fechada en 1931: “*Jesús, haz que viva nuestra Misa: que celebre el Santo Sacrificio con la pausa, gravedad y compostura de un sacerdote anciano: aunque llegue la noche oscura, que no me falte la luz cuando soy otro Cristo*”»<sup>57</sup>.

c) *La obediencia a las disposiciones litúrgicas*: «La fecundidad de nuestro sacerdocio arranca del amor al Sacrificio del Altar. Un amor que se manifiesta en la unión entre obediencia y piedad al cumplir las ceremonias litúrgicas establecidas por la Iglesia. No es verdadera la piedad de quien no obedece a nuestra Madre la Iglesia; ni es auténtica la obediencia si no está informada por la piedad filial». «La unión de estas dos virtudes, hijos míos sacerdotes, es siempre necesaria, pero las circunstancias actuales la exigen de manera especial. Sabéis que las anteriores normas litúrgicas determinaban con precisión, hasta en detalles mínimos, el modo de cumplir cada rúbrica; actualmente son mucho más flexibles, por lo que la dignidad del culto y el bien espiritual de los fieles dependen en mayor medida de la piedad y obediencia de quienes las cumplen, sobre todo de los ministros sagrados al officiar la Santa Misa»<sup>58</sup>.

<sup>56</sup> «Romana» 5 (1987), p. 220.

<sup>57</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 392.

<sup>58</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 393.

2) *Respecto al Sacramento de la Penitencia*, exhorta a la disponibilidad para administrar el perdón de Dios: «A mis hijos sacerdotes, a todos, quiero insistirles en que dediquen mucho tiempo –todo el que puedan– a administrar el perdón de Dios en este Sacramento de reconciliación y de alegría. Estad siempre disponibles para atender a las almas. Buscad con pasión –la administración del Santo Sacrificio de la Penitencia y la dirección espiritual son una de nuestras pasiones dominantes– la oportunidad de aumentar vuestra labor de confesonario. Experimentaréis así la alegría del Buen Pastor, que sale en busca de la oveja perdida, *cuando la haya, se la pone sobre los hombros muy gozoso* (Luc. XV,5). Y haced partícipes de esta alegría a otros muchos hermanos vuestros en el sacerdocio, para que sean cada vez más los que administren la misericordia divina en este sacramento del perdón»<sup>59</sup>.

Es evidente que don Álvaro recibió con alegría una animosa afirmación de Juan Pablo II y alienta a hacerla verdadera: «Más de una vez, el Santo Padre me ha comentado que en el Opus Dei tenemos el ‘*carisma de la confesión*’, una particular gracia de Dios que nos impulsa a procurar que las almas se acerquen a la Penitencia y, en el caso de los sacerdotes, a dedicarse generosamente a la administración de este sacramento. Hay una razón profunda para que sea así. El espíritu de la Obra nos conduce a saborear la paternidad de Dios: una paternidad infinitamente misericordiosa, porque perdonar es característica propia de los padres»<sup>60</sup>.

También brinda algunos consejos a los confesores, más de carácter sobrenatural que práctico, por ejemplo: que mediten a diario que el sacerdote «hace presente a Cristo, quien, por su medio, realiza el misterio de la remisión de los pecados»<sup>61</sup>. «Afán de purificación, espíritu de reparación y desagravio, ¡penitencia!, hijos míos sacerdotes»<sup>62</sup>. Y sugiere ser también buenos penitentes; lo hace citando a Juan Pablo II: «Para guiar a los demás por el camino de la perfección cristiana –ha escrito el Papa–, el ministro de la Penitencia debe recorrer en primer lugar él el mismo camino»<sup>63</sup>.

<sup>59</sup> *Cartas de familia*, vol. 1, n. 79. Cfr. también «Romana» 5 (1987), p. 220.

<sup>60</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 395. Cfr. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 21, a. 3, c.

<sup>61</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 395.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> *Ibidem*.

Aborda también con equilibrio y energía el tema del confesonario. «En las circunstancias actuales, defender el confesonario supone defender la santidad de este sacramento. ¡Qué más quiere el diablo –así os lo digo, sin ambages– que transformar el sacramento del perdón de los pecados en ocasión de ofensas a Dios y de infidelidad!»<sup>64</sup>. Con obediencia a las nuevas normas canónicas<sup>65</sup>, recuerda: «conocéis también que la nueva legislación eclesiástica no prohíbe la confesión cara a cara, aunque establece que en todas las iglesias deben existir confesonarios con rejilla: entre otros motivos porque los fieles tienen derecho a no revelar su identidad, si no lo desean; y desde luego, porque el sacerdote puede utilizarlo para no exponerse innecesariamente a peligros para su alma, que es un precepto de la ley moral general»<sup>66</sup>.

### *Predicación*

Además de recordar en diversos lugares que el afán de dar doctrina es una *pasión dominante* para cualquier miembro del Opus Dei, da también algunos breves, pero muy jugosos consejos.

a) *Un corazón enamorado*: pone como ejemplo de predicador a San Josemaría: «Las palabras de nuestro Padre, cuando predicaba, calaban profundamente en las almas porque se apreciaba enseguida que nacían de un corazón ardientemente enamorado de Dios»<sup>67</sup>. E insiste más adelante, recogiendo unas palabras de una persona que asistió a una predicación del Fundador en 1937; al cabo de cuarenta años recordaba: «no era una predicación, se trataba de la oración personal de un santo, hecha en voz alta»<sup>68</sup>.

b) Necesidad de *contemplar con atención* permanente el misterio de Cristo; propone de nuevo el ejemplo de San Josemaría, sirviéndose de las consideraciones de otro testigo de su predicación: «sabía captar y transmitir el sentido profundo de las escenas del Evangelio que en sus palabras cobraban toda su actualidad: eran una realidad viva ante la que era necesario reaccionar. Los que le oían se sentían movidos a hacer actos de amor y desagravio, a formular

<sup>64</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 396.

<sup>65</sup> Cfr. *Código de Derecho Canónico*, can. 964.

<sup>66</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 396.

<sup>67</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 394.

<sup>68</sup> *Ibidem*.

propósitos concretos de mejora de vida. Puede decirse que su palabra salía del corazón y hablaba al corazón»<sup>69</sup>.

c) *La Sagrada Escritura, fibra de la predicación*. Recuerda, como un consejo más, que «la Sagrada Escritura, profundamente meditada, constituía la fibra de» la predicación del Santo Fundador<sup>70</sup>.

d) Sigue proponiendo para la predicación el ejemplo de San Josemaría: «En esa trama de oro (La Sagrada Escritura) engarzaba con naturalidad comentarios de los Padres de la Iglesia, que leía y releía, enseñanzas del Magisterio y razones de la mejor Teología»<sup>71</sup>.

e) *Sintonizar con los oyentes*: San Josemaría «se ponía a la altura se quienes le escuchaban, y sintonizaba con sus intereses y problemas, como resultaba evidente en las anécdotas o ejemplos expresivos que intercalaba, siguiendo la pedagogía de Nuestro Señor»<sup>72</sup>.

f) *Preparación remota de la predicación*: una referencia a esa necesaria preparación que recuerda don Álvaro del modo de trabajar San Josemaría: Los ejemplos y citas de su predicación los «sacaba de aquí y de allá, porque cuando leía o estudiaba, obraba como sacerdote, pensando en su ministerio; cuando atendía a cualquier persona, escuchaba como sacerdote; y todo lo que acaecía en su alma o a su alrededor lo observaba con mirada sacerdotal y le servía para su ministerio»<sup>73</sup>.

g) *Predicación vibrante*: «Poned todos los medios para que vuestra predicación sea vibrante de amor de Dios, oración personal de quien conoce y ama a Jesucristo»<sup>74</sup>.

h) *Afán de mejora en la forma de predicar*: «Esforzaos por ser buenos instrumentos del Señor, mejorando poco a poco lo que sea preciso corregir, con el único afán de ayudar a las almas a entablar en su corazón un diálogo con el Señor»<sup>75</sup>.

<sup>69</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 394.

<sup>70</sup> *Ibidem*.

<sup>71</sup> *Ibidem*.

<sup>72</sup> *Ibidem*.

<sup>73</sup> *Ibidem*.

<sup>74</sup> *Ibidem*.

<sup>75</sup> *Ibidem*.



*i) Rectitud de intención del predicador:* «Mantened siempre la rectitud de intención», anima, y cita a San Josemaría en unas palabras de 1930: «procurarán [...] prepararse lo mejor que puedan antes de ejercer tan divino ministerio: sin buscar jamás su lucimiento (*Deo omnis gloria!*), buscando la salvación de las almas»<sup>76</sup>.

### *Dirección espiritual*

San Josemaría –y lo mismo don Álvaro– consideraba la tarea de “dirigir almas” hacia el trato con Dios como otra “*pasión dominante*” de los miembros del Opus Dei. A ellos y a todas las almas invitaba a realizar un apostolado continuo, habitualmente de amistad y confianza, uno a uno, de tú a tú. Quizá por eso no se detiene don Álvaro a dar muchos consejos específicos a los sacerdotes sobre esta importante tarea de acompañamiento. Pero hay un pasaje en el que, de manera casi telegráfica, da varios consejos utilísimos:

*a) Vibración del sacerdote:* «tenéis que empujar, tenéis que vibrar, tenéis que ayudar a los demás a ir hacia arriba», aunque veáis «que vuestras hermanas y vuestros hermanos son mejores»<sup>77</sup> que vosotros.

*b) Buenos Pastores como el Señor:* «Si alguno se retrasa, id a buscarle, recogedle, curadle y llevadle a cuestras si es preciso, con oración, mortificación y cariño»<sup>78</sup>. «Ocupaos de todos, uno a uno, como el Buen Pastor»<sup>79</sup>. Tratar a cada uno dedicando el tiempo que se necesite, como a una joya, no como a un cacharro de bisutería<sup>80</sup>.

*c) Poner medios sobrenaturales:* además de esa «oración, mortificación y cariño» habituales, propone que «si alguno necesita más ayuda, si pasa una mala temporada, haced penitencia por esa alma y enseñadle a hacer penitencia»<sup>81</sup>.

*d) Rectitud de corazón:* «Amadles, sin preferencias, sin sentimentalismos, sin permitir que os arrastren las simpatías o afinidades de carácter»<sup>82</sup>.

<sup>76</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 394.

<sup>77</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 401.

<sup>78</sup> *Ibidem*.

<sup>79</sup> *Ibidem*.

<sup>80</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>81</sup> *Ibidem*.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

e) *Necesidad de trabajar con humildad y caridad*: «debéis conocerles a fondo»; «Adivinad lo que necesiten y enseñadles a practicar la sinceridad»; «No empleéis ironías»; «Unid a vuestros hermanos o hermanas [...] a quienes compete el encargo de gobernar»; «no concedáis lugar a la soberbia, y jamás miréis a alguien con indiferencia»<sup>83</sup>.

f) *Con sentido positivo*: «Sed positivos en vuestros consejos, animad, abrid horizontes, empujad a profundizar en el trato personal con Dios»<sup>84</sup>.

g) *Con iniciativa*: «no os limitéis a escuchar en la dirección espiritual y en la confesión: preguntad, enteraos de cómo van, ayudadles a formarse recatamente la conciencia, para que todos obren con libertad y responsabilidad personal delante de Dios»<sup>85</sup>.

h) *Importancia de la humildad*: en este contexto de atención espiritual a los demás, insiste don Álvaro en la importancia de la humildad, en concreto de alguna de sus manifestaciones: «Aprended y enseñad a cultivar una manifestación de *humildad práctica* que nuestro Padre formulaba así: *reaccionaré inmediatamente, con la gracia de Dios, aceptando –queriendo– las humillaciones que el Señor me depare*»<sup>86</sup>. Así que superan enfados, caídas, se marcha contra corriente, se superan dificultades, calumnias..., con sentido sobrenatural<sup>87</sup>.

## SAN JOSEMARÍA, MODELO DE SACERDOTE E INTERCESOR

Este apartado –igual que el siguiente– es meramente testimonial: son innumerables los pasajes en los que don Álvaro invita a los sacerdotes a mirar a San Josemaría, sacerdote, con ánimo de aprender: a buscar al Señor, a vivir la Santa Misa, ejemplo de unidad y de obediencia, amor a la Virgen, etc. En los párrafos que se ofrecen a continuación, invita además don Álvaro a acudir a la intercesión de quien vivió con fidelidad heroica su vida sacerdotal, propuesto además por la Iglesia como «un ejemplo imperecedero de celo por la formación de los sacerdotes»<sup>88</sup>.

<sup>83</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 401.

<sup>84</sup> *Ibidem*.

<sup>85</sup> *Ibidem*.

<sup>86</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 402.

<sup>87</sup> Cfr. *Cartas de familia*, vol. 3, n. 402.

<sup>88</sup> «Romana» 11 (1990), p. 216, citando palabras del Decreto sobre las virtudes heroicas del

«Tenéis bien claro que sois hijos de su oración, de su sacrificio y de sus desvelos sacerdotales. Y todos experimentamos cada día cómo, desde el cielo, sigue protegiéndonos y ayudándonos. Además, el heroísmo de sus virtudes, reconocido solemnemente por la Iglesia hace pocos meses, nos estimula a vivir la vocación con una generosidad sin límites y con una inteligencia cada vez más profunda del Misterio de Cristo y de su Iglesia»<sup>89</sup>.

Y a los fieles de la Prelatura les decía en otra de las Cartas, refiriéndose a los sacerdotes: «Encomendadles a la Santísima Virgen, para que sean esos *sacerdotes santos, alegres, doctos y deportistas* que nuestro Padre quería para la Obra, y pedid también por todos los sacerdotes de la Iglesia, desde el Romano Pontífice hasta el último recién ordenado. Y seguid rezando por la labor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que tantos servicios rinde a la Iglesia, para que se desarrolle cada día más en todo el mundo»<sup>90</sup>.

#### SANTA MARÍA, MADRE DE LOS SACERDOTES

También en las referencias a la Virgen y de la importancia que don Álvaro daba a la relación mariana del sacerdote podría insistirse mucho, pero nos parece que basta que nos refiramos a algunos pasajes en que la nombra como Madre de los Sacerdotes, por ejemplo: «ruego de todo corazón a la Madre de Dios, Madre del Sumo y Eterno Sacerdote y Madre nuestra, que ninguno le defraude, que todos y cada uno le deis muchas alegrías»<sup>91</sup>.

En otra ocasión animaba a los sacerdotes que recibían la ordenación: «¡Que Dios os bendiga, hijos míos! Tratad mucho, filialmente, a la Santísima Virgen, la Gran Madre de Dios y Madre nuestra, Madre de Jesús, el Sumo y Eterno Sacerdote, y por este motivo Madre de un modo especialísimo, de los sacerdotes. Ella quiere que se cumpla siempre la voluntad de su Hijo Jesús: y la Voluntad de Jesús es que seáis santos. ¡Ella os ayudará!»<sup>92</sup>.

Fundador del Opus Dei, de 9 de abril de 1991.

<sup>89</sup> «Romana» 11 (1990), p. 216.

<sup>90</sup> *Cartas de familia*, vol. 1, n. 253.

<sup>91</sup> *Cartas de familia*, vol. 3, n. 426.

<sup>92</sup> «Romana» 3 (1986), p. 257.